

y la religion un absurdo; porque la misma fé, la poderosa fé, ¿qué otra cosa es sino un acto, un éxtasis, una creencia por amor? * No, no, hermana mia, el Señor no separa lo que ha unido..... Entre vd. y Manuel puede elevarse por un instante una sombra, pero no desvanecerse el amor casto y radiante que une sus almas.....

—Gracias, hermano, gracias, respondió Rafaelita enjugando las lágrimas que corrian de sus ojos: esas palabras me consuelan y me dan valor..... Es cierto; yo no tendré términos para explicarme; pero mi corazón siente lo que vd. dice: ¡amar al escogido de mi alma, es como hacer oración á Dios!..... Y perder su amor seria morir. ¡Sí! ¡sí! ¿cómo podría vivir mi alma, huérfana y hecha pedazos.....?

—¡Morir! repitió tristemente Lorenzo. No, Rafaelita, no piense vd. en eso, cuando ha hallado el alma compañera de la suya..... Los que deben anhelar la muerte, pedirle al cielo como un bien, son esos seres solitarios que Dios echa al mundo para que conquisten una corona de martirio..... esos seres que sin una hermana entre todas las almas, no pueden otra cosa que turbar á los que se aman..... y consumir en el silencio y la soledad los tesoros de amor con que habia sido dotado su corazón.

Estas últimas palabras quedaron ahogadas entre los sollozos.

Después Lorenzo se apresuró á decir, como para dar un giro nuevo á sus ideas:

—¡Rafaelita, Rafaelita, Manuel padece demasiado... está enfermo del corazón, y sola vd. puede consolarlo.....

* Joseph du Maistre, du Pape, lib. I, cap. I.

ámelo vd. mucho, muchísimo.....! ¡Está en un peligro mortal, en que el amor tan solo con sus fuerzas sublimes puede salvarlo!.....

La muchacha se volvió hácia el enfermo, que permanecía aletargado: acercó su rostro al suyo, clavó sus ojos grandes y expresivos en la frente de este, como si quisiera adormecer sus dolores por medio de ese encanto magnético que posee la mujer amada, y se confundió la respiración de ambos por algun tiempo. Manuel fué despertando, como la naturaleza cuando viene la luz del día..... Fué aquel un momento de felicidad silenciosa, indescriptible, de esa beatitud sin crisis ni convulsiones, que anega el corazón en un mar de delicias. El aliento, la vida íntima, por decirlo así, del uno, se infiltraba en el pecho del otro, como ese ambiente de la mañana que infunde la salud: era la comunión de dos almas que se exhalan y se reflejan la una en la otra, confundándose en un arrobamiento de amor, que gozan mas bien con la dicha que dan, que con la que reciben.....

Por una especie de fascinación se detuvo Lorenzo á contemplar aquella escena, pero no pudo resistir por mucho tiempo á cierto malestar extraño é inusitado, y se retiró hasta la ventana, ¡murmurando con una voz llena de sentimiento:

—¡Oh! ¡mas vale morir!.....

Manuel y Rafaelita, envueltos en ese fluido amoroso que aísla á los amantes del universo entero, oyeron aquella triste exclamación, pero sin comprender casi su sentido.

Ambos aspiraban con delicia ese beleño que laxa las

fuerzas; y sin embargo, cuando mas arrobado parecia Manuel, un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, y su frente se ponía alternativamente pálida y encendida.

Rafaelita decia entónces, acariciándole los cabellos con las manos, como se hace con un niño:

—Desecha, amor mio, desecha esa pena..... ¿no ves que te hace tanto mal.....? ¡ay! y á mí tambien. ¡Si supieras cuánto he llorado de anoche acá.....! Pero ¿no es cierto que soy una loca? Cuando yo te amo tanto, ¿querrias tú dejar de amarme?.....

Estas palabras, que repetidas parecen frias y secas, tenian en aquel momento, animadas por la vibracion del alma de Rafaelita, perfumadas con el aliento de sus labios, una dulzura infinita, una ternura, una seduccion irresistibles.

Manuel las escuchó como se oye una armonía celestial, é iba á responder, cuando repentinamente, como quien se estrella en un obstáculo imprevisto, retrocedió prorumpiendo en un juramento.

Rafaelita, que habia presentido otra respuesta mas en consonancia con su corazon, se quedó inmóvil de sorpresa, sin voz ni aliento: al fin brotaron de sus ojos dos lágrimas, y se dejó caer gritando con profunda desesperacion, con esa voz que rasga las fibras del pecho:

—¡Oh, Dios Santo, es verdad! ¡ya no me ama.....! ¡ya no me ama.....!

Por una impulsión tan rápida cuanto involuntaria, se precipitó Lorenzo hácia la muchacha; pero ántes de llegar á ella vaciló un momento, como si hubiera un combate entre sus sentimientos; alzó los ojos al cielo cual si

buscase una inspiracion, y al último, haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, salió lentamente de la pieza. Hay momentos en que el hombre mejor dotado se siente al borde de un precipicio, y conoce que un paso, un solo movimiento le harian perder el imperio de sí mismo y precipitarse.

Manuel sintió que el corazon se le desgarraba con aquel grito de dolor. Echóse en cara su crueldad con toda la exaltacion de su carácter, y pasando en un instante de un extremo á otro, decia llorando á Rafaelita:

—¡Que no te amo.....! ¡Oh! no digas eso, por Dios. ¡Si tú eres la luz de mi alma.....! Y, ¿cómo no he de amarte, si eres el único sér que tiene compasion de mí.....? ¡si tú sola no te ries de mis dolores, pobre ciego.....! ¿Amarte? es poco. Te adoro..... quisiera poderte colocar sobre mi corazon y guardarte en mi pecho como en un santuario.....! Pero, ¡Dios mio! añadió, ¿cómo puedo ser yo digno del amor de ese ángel, cuando mi corazon es tan imperfecto y le falta la luz, como falta á mis ojos.....?

Calló Manuel, y durante algunos segundos se restregó convulsivamente con ambas manos sus ojos, muertos é insensibles á la luz.

—¡Ciego! ¡ciego! murmuraba sordamente con esa voz que anuncia el delirio: ¿qué seria de mí, en este estado, sin tu amor.....? ¿No sabes que ser ciego es ser esclavo; es no poder dar un paso sin auxilio extraño; caer si la mano que nos sostiene se retira un punto.....? ¡Ámame! ¡ámame.....! ¡Cuando pienso que podrias dejar de amarme, me parece que se retira esa misteriosa claridad que alumbrá mi alma.....! Pero, ¿por qué está mi corazon

turbado? ¿por qué pierde ahora su ciega confianza.....?
¿será que me amas ménos que ántes.....?

—¡Amarte ménos! repitió la jóven; y pensó en lo mas íntimo de su mente: ¡El sí ha dejado de amarme, ó su corazon degenera! El amor es un acto de fé..... y la fé ya no existe desde que la duda empieza á asomar..... Pero yo tambien, ¿qué tengo hoy que dudo? ¿Es posible que tan pronto caiga el corazon en sus errores y su debilidad, desde que el amor que lo exaltaba se turba.....?

Manuel apartó de sí las manos suaves y delicadas de Rafaelita, y se levantó. Su figura elevada y robusta tenia un no sé qué de terrible y lúgubre en medio de las sombras. La sangre se habia agolpado á su cabeza, y el delirio hacia cruzar y sucederse sin ilacion los pensamientos en su cerebro, como los relámpagos en un cielo sombrío y tempestuoso.

—¡Qué noche la de ayer! continuó el ciego despues de un rato de silencio: hasta los mas leves sucesos han quedado grabados en mi memoria.....! ¡Cómo aborrezco á esa multitud bulliciosa que pasa junto á mí burlándose de que no puedo verla.....! ¡Cómo quisiera hundirlos en la hiel que rebosa mi alma cuando me exigen que coope-re con mi violin á sus placeres, que encienda en sus corazones frios y muertos el amor, con la armonía de mis composiciones.....! ¡Oh! ¡cuán injustamente está repar-tida la dicha.....! ¡qué felices son ellos! pueden contem-plar el rostro de la mujer que aman, miétras que yo..... yo jamas podré mirarlo.....!

Rafaelita contempló admirada al ciego al escuchar un lenguaje tan nuevo y extraño en sus labios. Manuel se

detuvo un momento llorando: luego prosiguió hilvanando, con la incoherencia del delirio, sus pensamientos, que parecian tan diversos los unos de los otros, como lo pa-recen los picos de las montañas cuando los ilumina el re-lámpago y no se percibe la cadena que los liga.

—¡Qué encanto desconocido tiene su voz ... la oigo todavía.....! ¡Silencio! silencio: los latidos de mi corazon no me dejarán oirla.

Y despues de un nuevo instante de recogimiento, du-rante el cual parecia haber prestado profunda atencion á la voz que se repercutia, por decirlo así, en su mente, exclamó con uno de esos arranques que hacen vibrar el corazon:

—¡Señor! ¡Señor! ¡un rayo de tu luz.....! quiero ver á esa mujer, cuyo acento es tan poderoso que embriaga el alma.....

El ciego dió un paso, y tropezó entónces con Rafaelita, que habia lanzado un grito y no tenia fuerzas para mo-verse, muerta de dolor al escuchar en las palabras de Ma-nuel la confirmacion de lo que mas temia.

—¿Quién eres tú? preguntó él sacudiéndola violenta-mente con esa accion convulsiva de la fiebre.

La pobre muchacha no pudo contestar: tenia la gar-ganta anudada con los sollozos.

Manuel la empujó con una especie de espanto: despues, todo en un momento, se adelantó hácia ella como atraído, y volvió luego á retroceder.....

Al fin se detuvo, exclamando con angustia, como si implorase á las dos fuerzas contrarias que lo agitaban y lo atraian:

—Dolores.....! Rafaelita.....! Pero esto es estar loco, Dios mio.....! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazón con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, mientras que Rafaelita oprimía sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.

II.

RAFAELITA, la muchacha á quien acabamos de conocer, era una de esas mujeres de las que el mundo dice, al verlas de léjos: ¡es lindísima! pero los que la trataban de cerca, los que podían apreciar las cualidades de que estaba dotada, exclamaban: ¡es un ángel!

Era de cuerpo mediano, pero bastante delgado; de una de esas constituciones nerviosas y excitables, que parecen muy débiles, y que, sin embargo, tienen una fuerza asombrosa para sufrir; seres semejantes á la caña, que un leve soplo doblega y que no troncha el huracán: criaturas delicadas, naturalezas de ángel, *angelificata caro*; ¡mujeres, en fin, á quienes es imposible ver sin adorarlas!

Su rostro, perfectamente ovalado, tenía cierta expresión enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacían en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heróicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y medita-